

Procuremos imitar su fe, su vida, sus trabajos, sus sufrimientos, su testimonio y su doctrina. Amén.

San Pablo

Homilía de San Juan Crisóstomo

San Pablo se levantaba cada día con una mayor elevación y fervor de espíritu y, frente a los peligros que lo acechaban, era cada vez mayor su empuje, como lo atestiguan sus propias palabras: *“Olvidándome de lo que queda atrás y lanzándome hacia lo que está por delante...”*

En medio de las asechanzas de sus enemigos, habla en tono triunfal de las victorias alcanzadas sobre los ataques de sus perseguidores y, habiendo sufrido en todas partes azotes, injurias y maldiciones, como quien vuelve victorioso de la batalla, colmado de trofeos, da gracias a Dios, diciendo: *“Doy gracias a Dios, que siempre nos asocia a la victoria de Cristo”*. Imbuido de estos sentimientos, se lanzaba a las contradicciones e injurias, que le acarrea su predicación, con un ardor superior al que nosotros empleamos en la consecución de los honores, deseando la muerte más que nosotros deseamos la vida, la pobreza más que nosotros la riqueza, y el trabajo mucho más que otros apetecen el descanso que lo sigue.

La única cosa que él temía era ofender a Dios; lo demás le tenía sin cuidado. Por esto mismo, lo único que deseaba era agradar siempre a Dios.

Y, lo que era para él lo más importante de todo, gozaba del amor de Cristo; con esto se consideraba el más dichoso de todos, sin esto le era indiferente asociarse a los poderosos y a los príncipes; prefería ser, con este amor, el último de todos, incluso del número de los condenados, que formar parte, sin él, de los más encumbrados y honorables.

Para él, el tormento más grande y extraordinario era el verse privado de este amor: para él, su privación significaba el infierno, el único sufrimiento, el suplicio

infinito e intolerable.

Gozar del amor de Cristo representaba para él la vida, el mundo, la compañía de los ángeles, los bienes presentes y futuros, el Reino, las promesas, el conjunto de todo bien; sin este amor nada catalogaba como triste o alegre. Las cosas de este mundo no las consideraba, en sí mismas, ni duras ni suaves.

Las realidades presentes las despreciaba como hierba ya podrida. A los mismos gobernantes y al pueblo enfurecido contra él les daba el mismo valor que a un insignificante mosquito.

Consideraba como un juego de niños la muerte y la más variada clase de tormentos y suplicios, con tal de poder sufrir algo por Cristo. Pablo, encerrado en la cárcel, habitaba ya en el cielo, y recibía los azotes y heridas con un agrado superior al de los que conquistan el premio en los juegos...

Visita pastoral a Córdoba

Del 19 al 22 de junio pasados, Su Eminencia Monseñor Siluan visitó la Parroquia San Jorge de Córdoba. Allí participó del acto del día de la bandera en el Colegio San Jorge, mantuvo reuniones con las comisiones de damas (tratando el tema: *“El significado del No nos dejes caer en la tentación”*), de matrimonios (con el tema: *“¿Cómo vivir la oración del Padrenuestro en la vida matrimonial”*), de la juventud (adolescentes): con el tema *“Aspectos de la experiencia de san Pablo en Damasco y Antioquia”*, y de jóvenes mayores: *“La experiencia eucarística en la vida cristiana”*, además de reuniones con los catequistas y el centro ortodoxo de dicha ciudad.

Las lecturas de la semana

Lunes 29:	II Corintios 11:21-33, 12:1-9; San Mateo 16:13-19
Martes 30:	I Corintios 4:9-16; San Mateo 9:36, 10:1-8
Miércoles 1:	I Corintios 12:27-31, 13:1-8; San Mateo 10:1, 5-8
Jueves 2:	Hebreos 9:1-7; San Lucas 1:39-49, 56
Viernes 3:	Romanos 11:25-36; San Mateo 12:1-8
Sábado 4:	Romanos 6:11-17; San Mateo 8:14-23
Domingo 5:	Romanos 5:22-26, 6:1-2; San Mateo 8:5-13



La Voz del Señor

Año VIII - Nro 26 - 28 de junio de 2009
Día de San Pedro y San Pablo

Año Paulino (3/8)

El llamamiento al apostolado

“Mas levántate... porque para esto te he aparecido, para ponerte por ministro y testigo de las cosas que has visto...”
(Hec 26:16-18)

Damasco, además de ser la cuna de la conversión de san Pablo, es también la cuna de su llamado al apostolado. Si Dios había elegido a Pablo desde el vientre de su madre (Gál 1:15), en cambio, el llamamiento al apostolado ocurrió mucho tiempo después, el día de la aparición del Señor a él en el camino a Damasco, según la transcripción de Pablo de las palabras del Señor: *“Mas levántate, y ponte sobre tus pies; porque para esto te he aparecido, para ponerte por ministro y testigo de las cosas que has visto...”* (Hec 26:16-18). El desarrollo ulterior de los hechos confirmará este testimonio de Pablo. En realidad, tras de tres días, el Señor, en una visión, le invita a Ananías a irse a ver a Saulo, revelándole Su voluntad sobre este último: *“Instrumento escogido me es éste, para que lleve mi nombre en presencia de los Gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel”* (Hec 9:15).

Y, así como el Señor, después de bautizarse en el Jordán, se fue al desierto, también Pablo, después del bautismo, se fue a Arabia, el desierto cercano a Damasco, en donde iba a quedarse por unos años. Al cumplir este tiempo, eventualmente de preparación, volvió a Damasco para realizar su apostolado: anunciar el evangelio de Jesucristo. Así Damasco tuvo la bendición de recibir su primera predicación,

según el testimonio de san Pablo: *“Antes anuncié primeramente a los que están en Damasco, y Jerusalén, y por toda la tierra de Judea, y a los gentiles, que se arrepintiesen y se convirtiesen a Dios, haciendo obras dignas de arrepentimiento”* (Hec 26:20).

Junto a esta experiencia, él conoció allí también la persecución que acompaña siempre a los discípulos del Señor. Tanto las autoridades religiosas judías (Hec 9:23-25) como las autoridades civiles (II Cor 11:32-33) lo buscaban para hacerle perecer. Él se les escapó, y se dirigió a Jerusalén, concluyendo su primera experiencia en el apostolado, cumpliendo *“en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia”* (Col 1:24), como lo constató él mismo después.

Por otra parte, sería interesante detenernos aquí a fin de acompañar a san Pablo en la retrospectiva que él hizo de algunos aspectos de su experiencia damascena, cuando tuvo que defender su identidad y autoridad apostólicas.

En primer lugar, constatamos con él que su encuentro con Cristo dividió su vida en dos partes, un antes y un después. Renunció a lo que se consideraban honores para aquella época: *“Si alguno parece que tiene de qué confiar en la carne, yo más que nadie. Circuncidado al octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos; en cuanto a la ley, fariseo; en cuanto al celo, perseguidor de la Iglesia; en cuanto a la justicia que es en la ley, irreprochable”* (Fil 3:4-6). Porque de aquí en adelante únicamente Cristo será el centro de su vida: *“Pero las cosas que para mí eran ganancias, las he reputado pérdidas por amor de Cristo. Y ciertamente, aun reputo todas las cosas pérdida por el eminente conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por estiércol, para ganar a Cristo”* (Fil 3:7-8).

Además, refiriéndose a dicha experiencia, notamos el centralismo de Jesucristo en su vida y en el desarrollo ulterior de su apostolado. Aprendemos de quien él tiene tanto el llamamiento al apostolado: *“Mas cuando plugo a Dios... revelar a su Hijo en mí, para que le predicase*

entre los Gentiles” (Gál 1:15-16), como el contenido de su predicación o evangelio: *“Mas os hago saber, hermanos, que el evangelio que ha sido anunciado por mí, no es según hombre; Pues ni yo lo recibí, ni lo aprendí de hombre, sino por revelación de Jesucristo”* (Gál 1:11-12).

Y por último, observamos que su conversión de un perseguidor en un predicador de la Buena Nueva fue únicamente por su propia experiencia del poder de la misericordia divina, y no de la fuerza de su propio arrepentimiento. Es por ello que concluyó que tan grande es la misericordia de Dios que convierte los vasos de ira en vasos de misericordia (Rom 9:22-23), convirtiéndolo tanto a él como a todo ser humano, si lo desearía.

Así, hemos sido testigos de la conversión de san Pablo, su iniciación al misterio de Cristo, su incorporación a la Iglesia y sus primeros pasos en el ejercicio de su apostolado. Partícipe de la muerte y de la resurrección de Cristo, Saulo murió al hombre viejo en la ruta a Damasco; y resucitó con Cristo, cuando se vistió en Damasco del hombre nuevo al recibir el bautismo por Ananías, precisamente tras tres días. Su encuentro con Cristo le transformó la vida: desde ya él es miembro de Su cuerpo, uno con Él, uno con los apóstoles, uno con todos los creyentes, en la misma fe y en una misma predicación: *“Porque, o sea yo o sean ellos, así predicamos, y así habéis creído”* (I Cor 15:11).

+ Metropolitano Siluan

Tropario de la Resurrección (Tono 2)

Cuando descendiste a la muerte, oh Vida Inmortal, mataste al Hades con el rayo de tu Divinidad y cuando levantaste a los muertos del fondo de la tierra, todos los poderes celestiales clamaron: ¡Oh Dador de Vida, Cristo Dios, gloria a Ti!

Tropario de los Apóstoles (Tono 4)

¡Principales en las sedes de los Apóstoles y maestros del universo! Interceded ante el Señor

de todos, que otorgue la paz al mundo y a nuestras almas la gran misericordia.

Kontakion (Tono 4)

Oh Protectora de los cristianos indesairable; Mediadora ante el Creador irrechazable: no desprecies las súplicas de nosotros, pecadores, sino acude a auxiliarnos, como bondadosa, a los que te invocamos con fe. Sé presta en intervenir y apresúrate con la súplica, oh Madre de Dios, que siempre proteges a los que te honran.

II Carta del Apóstol San Pablo a los Corintios (11:21-12:9)

Hermanos, en cualquier cosa en que alguien presumiere -es una locura lo que digo- también presumo yo. ¿Que son hebreos? También yo lo soy. ¿Que son israelitas? ¡También yo! ¿Son descendencia de Abrahán? ¡También yo! ¿Ministros de Cristo? --¡Digo una locura!-- ¡Yo más que ellos! Más en trabajos; más en cárceles; muchísimo más en azotes; en peligros de muerte, muchas veces. Cinco veces recibí de los judíos los cuarenta azotes menos uno. Tres veces fui azotado con varas; una vez lapidado; tres veces naufragué; un día y una noche pasé en alta mar. Viajes frecuentes; peligros de ríos; peligros de saltadores; peligros de los de mi raza; peligros de los gentiles; peligros en ciudad; peligros en despoblado; peligros por mar; peligros entre falsos hermanos; trabajos y fatigas; noches sin dormir, muchas veces; hambre y sed; muchos días sin comer; frío y desnudez. Y aparte de otras cosas, mi responsabilidad diaria: la preocupación por todas las iglesias. ¿Quién desfallece sin que desfallezca yo? ¿Quién sufre escándalo sin que yo me abrase? Si hay que gloriarse, en mi flaqueza me gloriaré. El Dios, Padre del Señor Jesús, ¡Bendito sea por todos los siglos!, sabe que no miento. En Damasco, el etnarca del rey Aretas tenía puesta guardia en la ciudad de los damascenos con el fin de prenderme. Por una ventana y en una espuerta fui descolgado muro abajo. Así escapé de sus manos. ¿Que hay que

gloriarse? -aunque no trae ninguna utilidad-; pues vendré a las visiones y revelaciones del Señor. Sé de un hombre en Cristo, el cual hace catorce años -si en el cuerpo o fuera del cuerpo no lo sé, Dios lo sabe- fue arrebatado hasta el tercer cielo. Y sé que este hombre -en el cuerpo o fuera del cuerpo no lo sé, Dios lo sabe- fue arrebatado al paraíso y oyó palabras inefables que el hombre no puede pronunciar. De ese tal me gloriaré; pero en cuanto a mí, sólo me gloriaré en mis flaquezas. Si pretendiera gloriarme no haría el fatuo, diría la verdad. Pero me abstengo de ello. No sea que alguien se forme de mí una idea superior a lo que en mí ve u oye de mí. Y por eso, para que no me engría con la sublimidad de esas revelaciones, me fue dado un agujón a mi carne, un ángel de Satanás que me abofetea para que no me engría. Por este motivo tres veces rogué al Señor que se alejase de mí. Pero Él me dijo: *“Mi Gracia te basta, que mi fuerza se realiza en la flaqueza”*. Por tanto, con sumo gusto seguiré gloriándome sobre todo en mis flaquezas, para que habite en mí la fuerza de Cristo.

Santo Evangelio según San Mateo (16:13-19)

En aquél tiempo, llegado Jesús a la región de Cesarea de Filipo, hizo esta pregunta a sus discípulos: *“¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?”* Ellos dijeron: *“Unos, que Juan el Bautista; otros, que Elías; otros, que Jeremías o uno de los profetas.”* Díceles Él: *“Y vosotros ¿quién decís que soy Yo?”* Simón Pedro contestó: *“Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo.”* Replicando Jesús le dijo: *“Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás, porque no te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo a mi vez te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella. A ti te daré las llaves del Reino de los Cielos; y lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos.”*

Festejamos el martirio de dos Apóstoles

Festejamos hoy el martirio de San Pedro y

San Pablo (que corresponde al 29 de junio pro por razones pastorales la trasladamos al día de hoy) es la conmemoración del martirio en Roma de los apóstoles Simón Pedro y Pablo de Tarso. La fecha bien puede ser el aniversario de sus muertes o el traslado de sus reliquias.

A continuación, dos homilias dichas para este día: una por San Agustín de Hipona sobre San Pedro y otra de San Juan Crisóstomo sobre San Pablo. Saludamos a todos aquellos que llevan los nombres *“Pedro”* y *“Pablo”* y a todos aquellos que tiene como santos patronos a los Príncipes de los Apóstoles.

San Pedro

Homilía de San Agustín, Obispo de Hipona

El día de hoy es para nosotros sagrado, porque en él celebramos el martirio de los santos apóstoles Pedro y Pablo. No nos referimos, ciertamente, a unos mártires desconocidos. A toda la tierra alcanza su pregón y hasta los límites del orbe su lenguaje. Estos mártires, en su predicación, daban testimonio de lo que habían visto con un desinterés absoluto, dieron a conocer la verdad hasta morir por ella.

San Pedro, el primero de los apóstoles, que amaba ardientemente a Cristo, y que llegó a oír de él estas palabras: *“Ahora te digo yo: Tú eres Pedro”*. Él había dicho antes: *“Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo”*. Y Cristo le replicó: *“Ahora te digo yo: Tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi Iglesia. Sobre esta piedra edificaré esta misma fe que profesas. Sobre esta afirmación que tú has hecho: Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo, edificaré mi Iglesia. Porque tú eres Pedro”*. *“Pedro”* es una palabra que se deriva de *“piedra”*, y no al revés. *“Pedro”* viene de *“piedra”*, del mismo modo que *“cristiano”* viene de *“Cristo”*.

En un solo día celebramos el martirio de los dos apóstoles. Es que ambos eran en realidad una sola cosa aunque fueran martirizados en días diversos. Primero lo fue Pedro, luego Pablo. Celebramos la fiesta del día de hoy, sagrado para nosotros por la sangre de los apóstoles.